

Lecturas

PALABRA POR PALABRA

FERNANDO
ONTANÓN



El hombre, el vaso y la máquina

Se levanta temprano tras la noche turbulenta de insomnio o de excesos alcohólicos. Si no tiene citas que atender en la ciudad, se acercará hasta el pueblo para comprar el pan. De vuelta en casa, él y su mujer tal vez guarden silencio durante el desayuno, aunque lo más probable sea que alguno de los dos deslice sobre la mesa algún comentario inconveniente, hirientes apostillas sobre la fiesta de anoche en el club o en casa de unos amigos; reproches por la borrachera vergonzosa de él, por la frialdad amorosa de ella. Sus sentimientos son confusos; hay rabia y deseo, impulsos de una turbiedad que lo excita y desasosiega a partes iguales. A veces, busca consuelo en dios, pero la suya es una religiosidad ingenua y conflictiva: "Confrontar, con indulgencia y compasión, la aterrador singularidad de mi propia persona". Más tarde, se sentará frente a su escritorio y empezará a teclear en su máquina de escribir. Es un escritor prestigioso, reconocido, sobre todo, por los cientos de cuentos que ha publicado en *The New Yorker* desde finales de los años treinta. Pero ahora, en la mañana fresca quizá de otoño, en su granja de Ossining, Nueva York, no está escribiendo ninguna ficción, ninguna historia maravillosa sobre padres de familia que cogen trenes para acudir a su trabajo en la ciudad, que beben a cualquier hora con grandes dosis de elegancia y tienen la semana cargada de compromisos sociales en las urbanizaciones donde residen, "...historias de un mundo hace tiempo perdido, cuando la ciudad de Nueva York aún estaba impregnada de una luz ribereña, cuando se oían los cuartetos de Benny Goodman en la radio de la papelería de la esquina y cuando casi todos llevaban sombrero". No, ahora, el escritor está entregado, como cada mañana desde hace décadas, a la tarea de convertir su vida en pura literatura. Son sus *Diarios*. Él es John Cheever (1912-1982).

La honestidad de este libro sólo es comparable a su calidad literaria. Su huella en nuestra imaginación será imborrable: el amor por su familia, sus amantes, sus paseos con los perros en el bosque cercano, sus baños en la laguna, el placer de patinar sobre el hielo del lago, sus manos temblorosas, la primera copa antes de las once de la mañana, su sexualidad atormentada, su incertidumbre como escritor... el hombre, el vaso (de whisky) y la máquina: puro Cheever.

Y el filólogo cogió su fusil

LUIS Á. VEGA

Es preciso buscar un nombre que identifique la corriente de libros que ahora mismo ni son ensayos, ni son novelas, ni son poemas, ni son dramas, pero que tienen un poco de todo y, más que nada, el siguiente punto en común: lo que nos cuentan es fragmentario, inacabado, incompleto, trozos de un todo que hubiera saltado por los aires. ¿Literatura posmoderna, sin más? ¿Literatura fragmentaria? ¿Literatura XXI? Lo que resulta más curioso es que la obra que, a mi juicio y hasta ahora, podría ser la abanderada de esta manera de contar (no tan nueva, seamos serios) no es una obra de ficción: son las memorias de un soldado, el capitán Patrick Hennessey, con el engañoso título de *El Club de Lectura de los Oficiales Novatos* (ya que no se cuentan en él reuniones lectoras de tenientes que comentasen libros) y el más engañoso subtítulo *O cómo matar el tiempo mientras se hace la guerra* (pues apenas habla de pasatiempos entre disparo y bomba). ¿De qué habla entonces este tan sorprendente como espectacular como intenso como angustioso como apasionante como aburrido (a veces: por repetición) libro?

Hennessey es un niño bien británico, del 82, quien, terminados sus estudios de filología en Oxford, toma una decisión que sorprende a todo su entorno: se va al ejército, a la Academia de oficiales de Sandhurst. Sí, un abuelo suyo había sido héroe en Normandía durante la II Guerra Mundial; pero lo que correspondería a un filólogo oxoniense sería quedarse en su círculo y medrar en una carrera académica ya programada por sus mayores. Concluidos sus estudios, lo destinan a la guardia del palacio de Buckingham, a que lo fotografien los turistas, pero el jovencísimo Hennessey quiere acción: la tendrá en los Balcanes, en Iraq, en Afganistán sobre todo. Guerra total, pero guerra posmoderna. Por fin, cuelga el uniforme, se matricula en Derecho y espera ahora ser abogado especialista en conflictos internacionales. Bien, todo muy atractivo. Esperamos, entonces, que nos cuente las novatadas de Sandhurst (que también las cuenta), las gracias de cuando se tocaba con el gigantesco gorro



negro de los guardias frente a Palacio (que las cuenta), el horror de los ataques a bayoneta calada (que también) y punto final. Sin embargo, nada de ello en este libro es como nos lo esperábamos. El discurso lineal se destroza, salpicado por *emails*, notas de agenda, un comentario de algún libro (lee Hennessey lo mejor de la literatura bélica), una frase de alguien, una línea incompleta, saltos en el tiempo, nombres de armamento apabullantes en su número, onomatopeyas, enfoque múltiple... Posmodernismo puro o fragmentarismo o literatura XXI. No hay un relato que nos explique el mundo: hay relatos que nos aproximan al mundo. Así, las angustias del combate, la etapa de formación, el enemigo tan lejano, la asquerosa guerra, el ocio castrense los respiramos al reposar la lectura del libro en su conjunto, no a cada página. En una palabra: no es un conjunto de estampas bélicas o hazañas bélicas; es un almacén del horror con todas las piezas almacenadas en desorden caótico. No es que el oficial Hennessey se despiste y no sepa él ver el conjunto. No es el protagonista de Stendhal en medio del follón de Waterloo, quiero decir. Es que el conjunto es un asco y el asco no tiene estampas, viñetas. El asco es una impresión y, como tal, ha de ser contado mediante fugaces impresiones, deshilvanadas, saltanas, confusas... fragmentarias.

Si hubiese, que no hay, sociedad literaria, este libro debería ser lectura obligatoria para sus miembros. Por lo que tiene de verdad y por la forma que hoy tiene la verdad, tan a tajos presentada. Altamente recomendable para lectores interesados en las guerras de ahora mismo, en el fango de ahora mismo, en la literatura de ahora mismo.



El Club de Lectura de los Oficiales Novatos

PATRICK HENNESSEY

Ed. Los Libros del Lince
2011, 257 páginas

El malestar como destino

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Richard Yates fue un autor norteamericano injustamente oscurecido dentro de la nómina de autores norteamericanos del siglo veinte. Le debemos una obra maestra, la perturbadora *Vía revolucionaria*. La escribió a los 35 años y jamás volvió a volar tan alto. Haley Joel Osment es un chaval (1988) norteamericano que se hizo célebre por su papel en *El sexto sentido*. Recordarán su mantra: "A veces veo muertos". Parece que su estrella, desde entonces, ha declinado. Dakota Fanning es una jovencísima (1994) actriz norteamericana que debutó en el cine a los siete años en la película *I am Sam*, en la que interpretaba a la hija del protagonista, Sean Penn, un hombre con problemas mentales que lucha por la custodia de su niña. Aseguran de ella que puede ser una grande de la interpretación.

El puente que conduce del escritor Richard Yates a los actores Haley Joel Osment y Dakota Fanning lo ha levantado Tao Lin, un joven (1983) neoyorquino de origen chino del que se publica *Richard Yates*, novela protagonizada por dos jóvenes llamados Haley Joel Osment y Dakota Fanning. En *Richard Yates* nada es lo que parece ser, porque todo podría ser otra cosa de lo que en realidad es. Tao Lin resulta, en efecto, tan directo que a menudo parece simbólico, y su obra, que ha merecido marbetes incendiarios y algo estúpidos -"El Kafka de la generación Facebook"-, no necesita de aquelarres comerciales para sos-



Richard Yates

TAO LIN

Alpha Decay
2011, 232 páginas

tenerse como lo que es: una estupenda radiografía del malestar como destino y una magnífica demostración de que el viejo arte de novelar se contiene siempre en odres nuevos.

Y es que la novela persevera, se obstina en perdurar vistiendo el traje oportuno. Pocas artes, en efecto, han mostrado semejante capacidad de metamorfosis a lo largo de los siglos. Pues el tema capital de *Richard Yates*, más allá de que la obra esté trufada de chats, SMS y cibercultura, no es otro que el desencanto radical ante la vida y la incapacidad de la juventud por expresar sus deseos de un modo razonable, efectivo y que conduzca a algo parecido a la felicidad. Haley y Dakota, absurdos y a la vez sublimes como todos los jóvenes enamorados, viajan, comen, beben, follan, se pelean y, sobre todo, hablan, hablan, hablan incansablemente por teléfono, vía *mail* y *tête à tête*. Hablan de dietas, de sus padres, de música, del suicidio, del sexo, del dinero, del nihilismo; hablan con el cansancio y la desesperación de ancianos prematuros y con la audacia y el regocijo de niños eternos. Hablan de lo que querían tener y de lo que ya han perdido sin siquiera saberlo, y en su frágil envoltorio, siempre presos de su candor y de su perversidad, se muestran tan parecidos y tan distintos entre sí como parecidos y distintos entre sí eran los amantes de las memorables novelas que Richard Yates escribió hace ya medio siglo.

Mudan las formas; el contenido permanece. Queda, como siempre, la literatura: la buena, la de verdad.